



La gruta de S. Pablo en Sicilia.

SICILIA Y AFRICA.

Después de haber pasado la noche en tranquilo sueño, amables viajeros, dejareis á la inclita ciudad de Mazara, y acompañados por el aura placentera de los frescos céfiros matinales, emprendereis vuestro camino hácia Castelvetrano, antigua y noble ciudad muy celebrada por sus exquisitos vinos. Sus calles estrechas, sus casas sombrías, sus templos oscuros os darán á conocer que en tiempos no muy remotos ha sido una población feudal.

Pero el agradable espectáculo de sus viñedos cargados de racimos dorados, la perspectiva de su vasta campiña, sus verdes praderas, las olas azules y encrespadas de un mar plácido y sereno, arrojarán vuestros ánimos en un éxtasis delicioso. Veréis allí un régio alcázar que en su lúgubre soledad y majestuoso silencio parece indicaros con mudo lenguaje, que fué en otra época triste morada de algun ilustre personaje. Vuestro presentimiento no será engañoso, amigos viajeros. Estuvo allí presa por mandado de Lor Bentick, en el año de 1813, María Carolina, Archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias. Esa muger tan celebrada por sus elevados talentos como odiada por su perfidia, celosa de su poder y enemiga de la Gran Bretaña, que ocupaba á la sazón la isla de Sicilia, queria mandar sola con altivez y tiranía, hollando todos los derechos de sus pueblos, á quienes trataba como una vil grey sujeta á sus bárbaros ca-

prichos. En efecto repetía á cada paso esta sententia, que la historia ha trasmitido con horror á la posteridad «una reina debe bajar de su trono y abandonar su régio dosel despues de haber estampado sus huellas sobre los amontonados cadáveres de sus súbditos.» Lor Bentick, conociendo sus secretos manejos contra los ingleses, no contento con haberla desterrado á Castelvetrano, la obligó á partir de la Sicilia en lo mas rigido del invierno. Esta reina, mas culpable que desventurada, despues de haber arrostrado los peligros de una larga y tempestuosa navegacion, y recorrido lejanas tierras, murió en Viena su patria, exalando el último suspiro de su vida lastimera en el mismo palacio que la habia visto nacer, rodeada de la sonrisa y de la lisonja, que habian mecido su dorada cuna.

Pero, dejemos tan funestos recuerdos, que pueden acibarar el placer, que inspiran en vuestros pechos los encantos de una naturaleza lozana y risueña. Abandonad, pues, vuestros lijeros corceles y poneos en un barquichuelo hasta llegar al famoso lilibeo, extremo cabo de las tierras italianas, y en donde se sienta como reina en frente del Africa la ciudad antigua de Marsala. Recorriendo las olas del mar vereis desplegarse á vuestra vista las costas occidentales de la Sicilia revestidas de pámpanos verdes y matizadas flores, dones celestiales del hermoso abril; pero, á pesar de que escenas tan halagueñas os rodean, prestad atento oído

á las tiernas canciones de vuestros marineros, que al rayar del alba cantarán con voz patética, de esta manera:

«Vega, vega, marinero,
que el cefirillo ligero
lleva mi batel velero
volando sobre la mar.
Y el avecilla inocente
y el pez que salta bulleante
saludan la luz fulgente
de la aurora al despuntar.

Soltando las velas en el cabo Ilibeo, se alcanzan en el breve término de diez y ocho horas las playas berberiscas y se echa al ancla en el puerto de Tunez, donde parece al viajero haber sido trasladado por arte mágico, tan diferentes son los hábitos, las costumbres, los usos, la religion, la lengua de ese nuevo país. Por dó quiera se encuentran hombres que llevan sus cabezas envueltas en grandes turbantes, vestidos con anchas bragas, y con chaquetas azules bordadas de oro, y calzados con chinelas encarnadas ó amarillas. Sus nombres son los de Amlek, Mahoma, Omar, Mustafá; en habla es armonioso pero gutural. Las calles de la ciudad son angostas y sucias, porque las casas no tienen balcones ni ventanas exteriores. Todos los viernes en la gran plaza de Tunez, se hace almoneda de un crecido número de hombres y mugeres, que se ponen en venta como un vil rebaño. Las mahometanas que van por la calle se tapan los rostros con un gran espuchon, que apenas deja entrever por dos agujeros sus centellantes pupilas. Las judías, que conservan aun el modelo de los trajes de Sara y Rebeca, si la muerte con su fatal guadaña ha cortado el hilo de la vida á sus amados esposos, para dar á conocer su estado de viudez, se adornan las cabezas con largas mallas entretreídas de fino hierro y algo parecidas á las de nuestros arzobispos. Todas esas hijas de Israel, el viernes al amanecer van al paraje en donde estan las tumbas de sus antepasados, y arrodillándose en aquel cementerio con los cabellos trenzados y cara demudada, rompen en destemplado llanto, y se dan fieros golpes sobre el pecho, hasta que despuntan los primeros rayos del Sol. Esta ceremonia es muy tierna y conmovedora, al paso que es muy ridícula y supersticiosa. La que practican los judios berberiscos cuando fallece alguno de sus familias. Entonces vierten solícitamente toda el agua que tienen reservada en sus casas, fundados en una antigua tradicion del Talmud, la qual refiere, que el ángel exterminador sumerge su espada en el agua después de haber muerto al hombre, que acaba de exhalar el último aliento.

Ni las sinagogas de Hebreos, ni las mezquitas de los Mahometanos ofrecen á la vista la augusta magnificencia de nuestros templos, que inspiran afectos de religion y de santidad. En las primeras se vé un pulpito en donde suele colocarse el Rabino, que lee la sagrada Escritura á sus cohermanos, que sentados en bancos de madera le escuchan silenciosamente; en las segundas que representan un edificio de forma oval en su interior, tapizado con grandes y largas esteras, hay un poyo en el fondo, que sirve de norte á los Musulmanes para que dirijan sus plegarias al alisimo, vueltos siempre hácia el Oriente.

En todas las costas berberiscas, á escepcion de la Arjelia, que no desmereca el nombre pomposo de Nueva Francia, reinan la mas asquerosa barbarie y la mas grosera supersticion. Los habitantes prestan aun viva fé á las brujerías, á los sortilejos y á los vaticinios de toda especie. El que tiene la autoridad suprema del Estado, sea con el alto título de Emperador, como en Marruecos, ó con el de Dey, como en Tunez y Tripoli manda arrogante y despóticamente. El Cadí falla sin apelacion ninguna sobre la vida y la hacienda de los particulares; y el Mufti estendiendo su jurisdiccion con el orgullo de la mas estúpida ignorancia sobre el dogma y la sagrada disciplina. En esos países yacen los hombres en el mas torpe envilecimiento y las mugeres en miserable esclavitud. No penseis, amables ni-

ñas, en visitar esas tierras africanas, que sus bárbaros moradores, preñados de vuestra hermosura, podrían alevosamente llevaros á sus serrillos, y sujetaros á repugnantes caricias, conlándoos para apaciguar sus celos impertinentes y para custodiaros, á hombres brutales, que tienen la tez negra, la frente aplastada, la cabeza cubierta de pelo rudo y espeso, muy semejante al bellon de los carneros, la nariz roma, los labios gruesos y prominentes. No, amables niñas, no penseis en visitar tierras tan inhospitatorias, y quedaos mas bien en Marsala, en esa ciudad que infunde alegría. El que recorre sus hermosos campos, se siente envuelto en una atmósfera embalsamada y vé con asombro revelar-se de su verdor la tierna yerbeñilla y las esmaltadas flores, reclinadas aun por la nocturna escarcha, ábrir sus cálculos á los primeros rayos del Sol que nace. Las olas del mar, que bañan la ciudad parecen dominar la civilizada Europa, y las agostadas orillas del Africa. Los helicosos Romanos, que conquistaron la bella Trinacria, tenían siempre un crecido número de navios en el famoso puerto de Ilibeo, pero D. Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos V lo hizo obstruir con enormes piedras, como vosotros, queridos viajeros podreis observar. Con un acto tan vandálico quiso impedir aquel príncipe á los piratas africanos, que anclasen sus buques en la costa occidental de la Sicilia, que está mas cercana á las tierras berberiscas.

Los vinos esquisitos de Marsala, que gozan de merecida fama, dejan un gusto muy agradable en el paladar, y su comercio es uno de los principales ramos de riqueza para la Sicilia entera, como podreis averiguarlo, vistiendo las inmensas cuevas y grandes almacenes del Señor Goodhouse, negociante inglés, llenos de toneles de toda clase de licores, pero no os detengais mucho en aquellos sótanos, porque sus vaporosas exhalaciones trastornan los sentidos con una dulce embriaguez. Mejor será que probéis los vinos de Marsala, mas voluptuosos que el néctar del padre Júpiter, entre las sabrosas viandas y alegres manjares de vuestra mesa. Entonces, vosotras, amables niñas, vertiendo el licor en doradas copas, haced libaciones á Venus pronuba, y brindis al Amor: ¿Por qué os sonrojais? ¿Por qué ocultais con esas manos de marfil vuestros rostros divinales? La pícarasca sonrisa, que se asoma á vuestros encarnados labios, me dá á conocer, que he adivinado vuestros tiernos afectos. Pero, si alguna de vosotras no ha sentido aun encenderse el pecho con amorosa llama, lea estos versos, que un esclarecido poeta escribió en el pedestal de una estatua de Cupido:

Mira á tu dueño.—No.—¿Vana porfia!

¿No lo fué? ¿no lo es? lo será un día.

Los hombres que abrigan en su pecho altos afectos de patriotismo y libertad, harán un brindis á Pio IX, á la Independencia Italiana, y á la democracia Francesa.

Dejando á Marsala, amigos viajeros, si quereis recorrer las costas orientales de la Sicilia, tocateis de paso la isla de Malta, que sus ufanos moradores llaman la «Flor del Mundo» á pesar de que es un estéril peñasco, que fué en tiempos muy remotos nido de piratas y de miserables pescadores. Los caballeros de la inclita orden de San Juan de Jerusalem, durante su larga dominacion en la Isla, la fortificaron y la embellecieron, fabricando nuevos y majestuosos palacios, fundando hospitales, edificando iglesias, y estableciendo un inmenso arsenal.

La Gran Bretaña que hoy la posee, ha otorgado á Malta asenciones y privilegios, que le dan mucho realce, y no poca importancia política y comercial entre las islas del Mediterráneo. Su situacion topográfica entre la Europa y el Africa y sus maravillosos puertos, que la ponen al abrigo de todos los vientos, la han constituido gran depósito de los ricos efectos comerciales del Oriente. Vereis en Valeta, capital de la Isla, el magnífico palacio de los grandes Muestreros de la Orden, habitado hoy por el Gobernador inglés. En aquella noble mansion están colgadas todavia los retratos de las mas ilustres caballeros Jerosolimitanos, que go-

bernarón á Malta. Vereis allí el retrato del Gran Maestro Pinto, tan celebrado por su severidad y desmedido orgullo; el de Rohan, á quien los Malteses dieron merecidamente el alto título de Príncipe sábio y benéfico; el de Hompesch, último gran Maestro de la Orden, y espulsado por Napoleón cuando los Franceses ocuparon la Isla en el año de 1792. Los habitantes de Valeta os enseñarán el noble palacio del Señor Parísí, en donde se albergó el Gran Capitán de nuestro siglo, y el Puerto de San Pablo, en donde se presentó con acto amenazador y desplegando su soberbio pabellón la armada francesa. Vereis por último en Valeta la iglesia de San Juan, y su panteón subterráneo, que encierra en urnas de blanco mármol las cenizas de los mas esclarecidos varones, y esforzados campeones de la Orden, que se distinguieron por sus virtudes civiles y por sus militares hazañas.

Malta y los islotes de Gozo y Comino, que forman como un grupo en medio del mar tienen ciento sesenta mil habitantes, de los cuales treinta y dos mil residen en Valeta, ciudad principal. Cerca de nueve mil almas componen la población de la Notable, capital antigua de Malta. El resto de los habitantes está distribuido entre otras pequeñas ciudades y aldeas.

En la Notable hay junto á su catedral la muy famosa gruta de San Pablo, en cuyo centro se encuentra la estatua de aquel Apóstol de las gentes, corroída por los años, y por la devoción de los fieles que han arrancado algunos fragmentos de sus pies y de sus manos. Los Malteses que descuellan entre los pueblos de Europa y Africa por su estupidez y grosera superstición, creen que las piedras de esta gruta tienen la milagrosa virtud de sanar toda clase de enfermedades, y que no pueden agotarse, porque conforme se van quitando unas, hace San Pablo que nazcan inmediatamente otras. Estas piedras tienen la figura de pequeñas conchas, y son muy parecidas á la forma de una lengua humana; por lo que se conoce que son un antiguo depósito de las olas marinas.

La vista de la gruta colocada al lado de la catedral forma una hermosa perspectiva, que llama la atención del curioso viajero, y del poeta que se siente inspirado por sublimes afectos religiosos.

SALVADOR COSTANZO.

EL PUÑAL DEL CAPUCHINO.

Se empuñan VV. en marchar! en este caso, señores buen viaje... pero aprieten VV. el paso, porque se cierra la noche y no sé cómo lo pasarán VV. por esos caminos de Dios. ¿Tienen VV. armas?—Ni una.—Sin armas al caer el día y en las Alruzas! ¡Virgen santísima! Los únicos bienes que posee un pobre capuchino son sus oraciones, las más os acompañarán, pero no obstante... tomad—Y dió al mas joven de los viajeros una caja de nogal: me la devolveréis mañana, añadió echándoles su bendición y cerrando la puerta del convento.

Los dos viajeros echaron á andar.

Una bendición y provisiones de camino, dió Ernesto á poco rato. El capuchino nos mira. Veamos lo que contiene esta misteriosa caja. Un hermoso rosario... y... y... un magnífico puñal. ¡Estraordinario confesante! ¡La vida espiritual y la muerte; el asesinato y la oración! ¡Italia! ¡Italia! tierra de anomalías.

Un silbido suspendió toda conversacion, y los dos viajeros hicieron alto no sin experimentar cierta inquietud. Era un pastor que pasaba el tiempo jugando con su perro.

—¡Hola amigo! le gritaron cuando estuvieron á distancia proporcionada, ¿podríais indicarnos donde pasar la noche?—¿La noche? dió el pastor, suje-

tando al perro que queria lanzarse sobre las mulas de los viajeros; tomad la derecha, seguid una senda estrecha y os conduciré á la cabaña donde pasamos las horas del calor mis cabras y yo; la puerta y sus paredes son sólidas, podreis dormir tranquilos, y encontrareis tambien leña para hacer frente á la humedad de la noche; pero no encendais mucha, porque la llama que despediria podria proporcionarnos alguna visita poco agradable para vosotros, para vuestras maletas y vuestras mulas.

Los dos viajeros siguieron la senda y encontraron que eran enteramente exactas las indicaciones del pastor.

—El pastor tenía razón, dió Ernesto; esta puerta y estas paredes son tan sólidas que podrían sostener un sitio formal.

—Para mayor seguridad, coloquemos enfrente de la puerta esta mala mesa. Al uno le servirá de cama y al otro de silla, quedándose de centinelas, y así iremos alternando. Buenas noches, Ernesto... El sueño me rinde. Despiértame dentro de una hora.

Ernesto hostezó, se restregó los ojos y miró á su amigo que dormía á pierna suelta. Abrió la caja del capuchino, contó los granos del rosario, empezó un *padre nuestro*; sacó el puñal de la vaina, y riendo, hizo ademán de herir con él á su amigo; siguió, perdió y encontró mil ideas que se sucedían sin orden, y se empujaban como las ilusiones de la literatura mágica, cuando de pronto creyó oír á lo lejos el áspero silbido del pastor y los sordos ladridos de su perro. Un espectáculo estraordinario cautivó en seguida toda su atención. La llama se reanimó, cambió cinco ó seis veces de color, y abriéndose dejó ver un boquete en la pared del que salía un resplandor que destimbraba. Ernesto vió una infinidad de saiteadores cubiertos de harapos, sentados pintorescamente, armados de espadas, escopetas, pistolas y garrotes, de los que colgaban medallas de latón y granos de rosario; y á su lado estaba la figura enteramente Walter Scottica del pastor, con su inseparable perro negro. La nerviosa y velluda mano del pastor se apoderó de Ernesto, quien sin poder pedir socorro, ni pensar en resistir, se encontró en una vasta galería, por la que siguió á su guía, teniendo una mano libre, mientras que la otra, en el bolsillo de su chaleco, cedía á un movimiento nervioso y acariciaba el puño del puñal. No sabia como explicarse aquel estraño paseo, y su docilidad en seguir á aquel insensate sin esplicaciones, ni preguntas y sin resistencia. Llegaron á unas verjas, el pastor dió tres palmadas y se abrieron de par en par. Subieron á una sala mal alumbrada por una escalera de caracol, cuyos escalones tenían diez y ocho pulgadas de alto. Los bandidos estaban sentados alrededor de una mesa, sobre la cual estaba amarrado un anciano, llorando amargamente... Cuando entró Ernesto, todos se levantaron. Señores, dió con sonora voz el pastor, cuya descarnada mano lamia el perro negro: ¿he hecho buena presa?—No es mala, en esos bolsillos hay bastante oro...—Y en esta mano hierro, interrumpió bruscamente Ernesto, sacando el puñal que habia conservado oculto. Toma, y abalanzándose al pastor le hirió... Un grito horroroso suena á su lado... ¡Ernesto! ¡oh! desventurado Ernesto! era un sueño: acababa de matar á su amigo.

El día siguiente el pastor llamó en vano á la puerta de la cabaña: tuvo que derribarla. Encontró dos cadáveres uno encima de la mesa, y el otro al lado de la chimenea: algunas palabras escritas con lápiz, tizonas apagadas en sangre, un puñal, un rosario, una caja de nogal con las iniciales del convento, y dos mulas que pateaban impacientes por salir á pastar.





Arresto de Carlos I.

CRITICA LITERARIA.

Tarea impropia sería examinar todas las obras que actualmente están dando á luz las prensas españolas y sobre impropia enojosa, si habían de criticarse tantas publicaciones fútiles y despreciables como aparecen cada día, si prescindiendo de reputaciones, muchas de ellas usurpadas, si dejando á un lado consideraciones de todos géneros, se hubiera de decir la verdad, proponiéndose tan solo el bien del arte y la propagación de los sanos principios literarios. Nosotros que lamentamos ese afán de elogiar, á veces hasta sin examen, que se ha apoderado de todos los periódicos, con grave daño de las letras, hemos determinado dedicar algunos artículos á exponer francamente nuestra opinion, cualquiera que sea el valor de ella, en punto á las obras dignas de tomarse en consideración que se vayan publicando, elogian- do ó censurando con toda independencia lo que



Cronwel.

digno de censura ó de elogio nos parezca, según la escasez de nuestras luces. En tanto que llevamos á efecto nuestro pensamiento con todo el ensaúche que meditamos, mientras con mas estension comenzamos á emitir nuestro juicio (acertado ó erróneo, pero producto del examen y del estudio) en punto á las principales obras que hoy salen á luz, vamos á anticipar algunas líneas hablando de dos cuya importancia no puede menos de reconocerse.

Es la primera la que con el título de *El Globo* acaba de imprimirse en Barcelona (1), y que tiene por objeto dar á conocer los usos, costumbres y trages de todas las naciones. Esta

publicacion, sin igual en su género, reúne á una descripción amena, curiosísima y llena de inte-

(1) Se vende en Madrid en la librería de Razola.



Muerte de Isabel.

rés, preciosas é infinitas láminas iluminadas con esmero y numerosos grabados en madera que sirven para ilustrar el texto. No se notan en este los galicismos é incorrecciones que afean generalmente las publicaciones de Barcelona; el texto de El Globo no es una traduccion, es un escrito de mas pretensiones y la edicion es limpia y clara quanto puede serlo una obra de lujo. Pocas de este género pueden citarse que reunan en tan alto grado las condiciones de intereses general y de recreo, ni que sean mas á propósito para servir de album en los salones.

Las cuatro láminas de las planas cuatro y cinco de este número corresponden á la bella edicion que actualmente se está haciendo de la apreciable HISTORIA DE INGLATERRA, escrita por Oliverio Goldsmith y continuada hasta el reinado de Victoria I. La reputacion de que goza Goldsmith y la



Carlos I.

fama europea de su Historia, nos dispensan de elogiarla como merece. La version de este gran cuadro de los interesantes sucesos que han tenido lugar en la Gran Bretaña, se halla á cargo del señor Fernandez de los Rios, director de nuestro periódico; ya que nos absten-gamos de calificarla por razones que están al alcance de todos, copiaremos uno de los muchos trozos de la obra que creemos no desagradará á nuestros lectores, quienes podrán por él formar, al mismo tiempo, idea del estilo del autor y de la traduccion española.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.

«Corria entonces en Inglaterra (A. de J. C. 960) la fama de la belleza de una jóven llamada Elfrida, hija del

conde de Devonshire. No queriendo el rey dar crédito á lo que se decía envió á Athelwold su favorito á asegurarse de si su decantada hermosura era tan incomparable como se contaba. Así que Athelwold llegó al castillo del conde, su primer cuidado fué hacerse presentar á la jóven. Apenas la vió, se enamoró apasionadamente de ella, por hallarla mas encantadora aun de lo que esperaba; olvidando entonces los órdenes de su señor, no se ocupó mas que en darla á entender su amor y la pidió en matrimonio á su padre. El favorito del rey era un partido demasiado brillante para ser desairado; el conde lo aceptó por yerno, y el casamiento de Elfride y de Athelwold se celebró en secreto.

De vuelta á la córte el favorito contó al rey que la riqueza de Elfride y su alto nacimiento eran las solas causas verdaderas de la celebridad de que gozaba, y que al verla se habia admirado de que alabaran con tal entusiasmo una belleza tan comun. El rey satisfecho no habló mas, y Athelwold triunfante creyó poderse felicitar por el éxito de su ardid.

«Persuadido de que el rey habia renunciado totalmente á sus proyectos sobre Elfride, hizo un dia caer diestramente sobre ella la conversacion, y le dijo que si la fortuna de la hija del conde de Devonshire era poco considerable para un soberano, lo era inmensa para cualquiera de sus súbditos, y le pidió respetuosamente permiso para dirigir sus obsequios á Elfride, como la heredera mas rica del reino. El rey consintió con gusto en una peticion tan razonable en la apariencia y Athelwold cansado de tener oculta su muger ratificó públicamente su casamiento.

«Pero continuó siempre poniendo gran cuidado en conservarla lejos de la córte y sobre todo de la presencia del rey, cuya estremada inclinacion hacia el bello sexo conocia bien á fondo, y cuyas ventajas personales y seducciones temia con razon. Desgraciadamente no pudo siempre ocultar su tesoro á los ojos de todos. Los favoritos no estan libres nunca de enemigos secretos, que espian sin cesar la menor ocasion de perderlos. Pronto fué informado Edgar de la verdad; pero disimulando su resentimiento, se contentó con anunciar su intencion de visitar el país habitado por la bella Elfride, y ordenó á Athelwold que le siguiese, lo cual hizo este con sumision pero no sin repugnancia. Llegados cerca del lugar en que habitaba dicha dama, Edgar le manifestó que hacia tiempo deseaba conocer á su muger, de la que habia oído hablar en otra época y ya que se hallaba tan cerca tenia intencion de hacerla una visita. Athelwold se estremeció á esta proposicion é hizo vanos esfuerzos para disuadir al rey de su propósito. Todo lo que pudo conseguir fué preceder al monarca á fin de disponer las cosas para su recibimiento. Así que llegó Athelwold, corrió al cuarto de su muger, se echó á sus pies y la descubrió la estratagemá de que se habia valido para ser su esposo, suplicándola ocultase sus atractivos cuando le fuese posible á los ojos del príncipe tan propenso á apasionarse. Sorprendida Elfride y agitada de un secreto despecho al pensar en el rango de que se veia privada y al que hubiera podido aspirar, prometió á su esposo satisfacer sus miras; pero sea por vanidad ó sea por deseo de venganza, se vistió con el mayor esmero y se presentó radiante de belleza á

los ojos del monarca, que apenas la vió se enamoró perdidamente y resolvió en su interior no perdonar medio alguno á trueque de poseerla. A fin de obrar con mas seguridad cuidó de ocultar sus intenciones, y se retiró con aparente indiferencia, pero llevando en el fondo de su corazon el firme propósito de vengarse de Athelwold. Poco tiempo despues fué enviado el cortesano al Northumberland bajo el pretexto de negocios importantes y se le encontró asesinado en un bosque. Algunos aseguran que fué muerto por mano del mismo rey (1), otros pretenden que solo lo fué por orden suya. De cualquier modo que sea, Elfride poco despues de este suceso fué llamada á la córte, y no oponiéndose nada á la pasion de Edgar por ella, se celebró el casamiento con la mayor pompa (2).»

DE LOS INCONVENIENTES DE LA CELEBRIDAD.

La celebridad tan generalmente ambicionada, es detestable cuando en vez de acompañar al nombre de uno, recae sobre un pariente que lleva el mismo apellido.

Supongamos que el pariente es un hermano ilustre por su talento, sus virtudes, ó sin saber por qué, supongamos que esta notabilidad se llama Francisco Rimbombante, y que vos os nombrais Antonio, es decir Antonio Rimbombante.

Os presentais ó os presentan en una sociedad.

A vuestra entrada anuncian, el Señor Rimbombante. A este nombre europeo todo el mundo vuelve la cara hacia vos, las parejas se distraen y equivocan la figura de rigodon europea, por todas partes se pronuncia el apellido: Rimbombante, todos esclaman ¡ah! ¡ha venido Rimbombante!

Las mugeres echan una mirada al espejo y arreglan su tocado.

Pero un caballero, esclama, ¿este no es Rimbombante, yo le conozco bien! he comido ayer con él.

—Sin embargo, observa otro, han anunciado á un Rimbombante:

—Sí, pero es su hermano.

—¡Ah!... No era mas que su hermano.

—No mas.

Y todos tienen ya una prevencion en contra vuestra, como si hubierais tratado de engañarlos. De buena gana os silvarian.

El público del salen en que habeis entrado se encuentra burlado, creia recibir á un personaje ilustre y se encuentra con que no es mas que su nombre, con que solo sois vos.

Algo desconcertado con este recibimiento lo-
grais tranquilizaros; á pesar de todo os decidis á bai-

(1) Hume parece adoptar la version de que habiendo el rey invitado á su favorito á una escoria, le dió de puñaladas por su propia mano.

(2) Encuéntrense en esta historia preciosos vestigios de las costumbres antiguas. De de luego se vé que las mugeres eran entonces admitidas en la córte. Nótese tambien que los hombres y las mugeres no viajan separados como en otros países. En fin, aunque los ingleses estuviesen ya civilizados, se echa de ver en sus acciones una ferocidad salvaje que les hacia distar mucho de los siglos civilizados de Grecia y de Roma. Pero un hecho mas admirable pinta todavía mejor la época. El asesino, el sacrilego, el adúltero Edgar fué colocado en el catálogo de los santos por los monjes que escribieron su historia.

(Lettre sur l' Histoire d' Angleterre.)

lar, lo haceis lo mejor posible, y vuestra pareja os dice:

—¿Su hermano de V. no bailará?

—No señora.

—Ya lo suponía yo, los hombres superiores no bailan.

La observacion os pica, os mostráis mas oportuno que de ordinario, tenéis ocurrencias felices y las decís sin reiros de ellas, creéis en fin haberos rehabilitado cuando la señora de la casa os dice:

—Amigo Rimbombante, su hermano de V. no habrá podido venir sin duda.

—No señora.

—No es extraño, para los hombres de talento los momentos son preciosos, y no habrá querido venirse á fastidiar aquí.

¿Y yo? decís vos en vuestros adentros, acaso los momentos no son preciosos para mí, lo que fastidia á mi hermano ha de ser divertido para mí.

Teneis una cuestion cualquiera por cualquier motivo que os obliga á comparecer en juicio. El juez os pregunta vuestro apellido; no bien le habeis pronunciado cuando se inclina y os dice con una sonrisa agradable.

—¡Ah, ah! El gran Rimbombante toma la bondad de... y os acerca una silla.

—Así que podéis advertir que no sois el gran Rimbombante.

El juez retira la silla; vuestro contrario reclama una cantidad injustamente.

—Yo no hubiera venido aquí para disputar una cosa tan insignificante, decís vos, pero no he querido que se burlen de mí.

—Por tan pequeña cosa, observa el juez, no querrá V. comprometer el nombre distinguido que lleva, pague V. y no hablemos mas.

—Una mañana vuestro hermano se digna entrar en vuestra casa.

—¡Ola! ¿Tú por aquí?

—Si señor.

—¿Cómo si señor! ¿qué es eso?

—Es que V. me deshonra.

—¡Yo!

—Si, ha acompañado V. en público á una muger cualquiera.

—Y bien, y qué hay con eso...

—Le han visto á V.

—Bueno y qué.

—Han oido pronunciar repetidas veces el apellido de V., mi apellido.

—¡Ah!

—¿Piensa V. que á mi me agrada esto?

—A mi tampoco.

—Fuera bromas, cuando uno lleva un apellido distinguido es preciso honrarle y tener cuenta con el sitio donde se está y con el modo de conducirse.

Otro dia os hace vuestro hermano otra visita.

—Estoy incomodado, dice, he sabido que piensas abrir una tienda de comercio por menor.

—Es mi solo recurso, bien sabes que nuestra familia ha gastado contigo lo que tenía y no puede ayudarme, quiero esforzarme á ganar con que vivir por mí solo.

—¡Disparates!

—¿Disparates? no hay medio, ó especular de cual-

quier modo ó la miseria, si me das moneda no me haré tendero.

—No tengo un cuarto.

—Entonces déjame ganarla, ó mas bien ayúdame; si quieres recomendarme á D. F. puedes hacer mi suerte.

—Jamás me atreveré á decir que un hermano que lleva mi apellido es tendero.

—El tal apellido ilustre, tal vez solo por una intriga, es para vos como un traje que os hubiera prestado algun amigo, que se hallara siempre á vuestro lado repitiéndoos á cada instante:

—Tén cuidado vas á manchar de café tu traje.

—No levantes tanto el brazo, vas á abrir las costuras.

—Ya te dije que no le abotonaras, vas á darle mala figura.

—No metas la mano en el pecho, vas á arrancar un boton.

—Está lloviendo, toma un carruaje, vas á estropear tu traje.

Al fin acabais por decir al amigo, toma tu vestido y déjame en paz.

Del mismo modo una mañana decís á vuestro hermano: ¡Oh mi distinguido hermano! me incomodas considerablemente con tu apellido de Rimbombante, desde hoy tú serás el solo Rimbombante, tú llevarás únicamente este nombre que se ha hecho demasiado grande y pesado para mí, ya no me llamo Rimbombante puedo hacer lo que quiera, mi nombre es Rembambonti esta variacion de vocales me devuelve mi libertad y mi dicha y de nosotros partirán dos razas distintas: los Rimbombantes cuyo origen serás tú, y los Rembambontis que se derivarán de mí; y si dentro de 500 años estas dos razas se reconcilian, si nuestros sucesores olvidando que son parientes caen en la tentacion de unirse, por mi parte declaro desheredado al de mi linza que tal hiciese (contando con que yo deje algo que heredar cuando emigre de este mundo), Rimbombante Rembambonti, nada hay ya de comun entre nosotros.

BAZA.

Esta ciudad llamada en lo antiguo Basi, segun el itinerario de Antonin, está edificada al pié de una elevada montaña cubierta de nieve la mayor parte del invierno; el rio Guadalentin pasa muy cerca de ella y de un valle llamado Hoya de Baza. Fué famosa esta ciudad en tiempo de los moros y gobernada por valientes alcaides, hasta que fué recobrada por los Reyes Católicos el dia 4 de diciembre de 1489 despues de siete meses de cerco. La mayor parte de sus edificios, de órden árabe, si es lícito hablar así, conservan aun su primitiva forma; pero lo que mas llama la atencion en Baza son nueve antiquísimos cañones (1) que llevaron para la conquista de esta ciudad los reyes Fernando é Isabel, por lo extraordinario de su tamaño y por los anillos y molduras de que estan adornados. Tiene de diámetro el grueso ó canto de ellos dos pies, y no puede juzgarse de su calibre por estar colocados haciendo veces de columnas en un pórfico del mercado de esta ciudad. En uno de ellos se nota la inscripcion siguiente:

Estos tiros son los con que los Reyes
Don Ferdinando y Doña Isabella

(1) Parte de ellos se han traído al Museo de Artilleria.

Ganaron esta ciudad sobre los Mauros
Anno 1439 en el día de Santa Bárbara
Patrona de esta Ciudad.

Tiene esta ciudad una iglesia colegiata erigida el año de 1492. Dicese que fué su silla episcopal sufragánea de la de Toledo, y que su primer obispo Euliquiano asistió al concilio iberitano.

La fundacion de este pueblo es de las mas antiguas de España, los romanos la llamaron Baeto, de donde se deriva el nombre Baza que los árabes interpretaron *Casa llana*.

Es cabeza del partido de su nombre. Su término es hermoso y da abundantes cosechas de trigo, miel, vino, pasas, higos, hortalizas, lino y cáñamo. Crianse en él ganados de lana y cerda y caballos de extraordinaria fuerza y arrogancia; y finalmente abunda en caza y en buenas y delicadas aguas. A tres leguas de distancia de esta ciudad entre norte y poniente estan los célebres baños de Abenzalema, así llamados por la proximidad á un pueblo de este nombre. Al pié de un monte nace la fuente con bastante abundancia, caliente en extremo, entra en un baño y pasa á otros dos, para graduar el calor segun la necesidad de los enfermos. Su virtud medicinal se estienda á las enfermedades de nervios, perlas, dolores articulares, etc. Dista seis leguas de Guadix, siete sur-este de Huescar, Long. 43, 34 lat. 37, 48.

FABULA.

EL ELEFANTE BLANCO.

Cazado fué en un bosque
del reino de Siam
un elefante blanco,
magnífico ejemplar.
Al que hallan los siameses
con circunstancia tal,
divino le reputan,
adoracion le dan.
No hay que admirarse mucho
de tanta ceguedad:
tambien hay quien adora
cuadrúpedos acá.
Domesticada un poco
la rústica deidad,
con su abultada mole
burró la capital.
En un palacio rico
hicieron habitar
á su divina blanca
elefanciaidad.
Allí en bandejas de oro
y bombas de cristal
el pienso y la bebida
le daban á embuebar,
Incienso le ofrecia
con obsequioso afán
caterva numerosa
de gente principal.
Y cuando en sus paseos
cruzaba la ciudad,
por tierra se postraba
la turba popular.
Acompañaba un guia
al dios irracional,
hombre que ser pudiera
allí divinidad.
Con este el elefante
se puso á conversar,
y preguntóle un día
cierta dificultad.
¿Por qué, le dijo, siempre
que voy á pasear,
se me arrodillan todos
cuantos al paso están?
Demostracion tan rara
yo no sé á qué vendrá.

pues yo no dejo al cabo
de ser un animal,
¡Oh, respondióle el guia,
modestia singular!
Mejor sabeis la causa
que un infeliz mortal.
Punto es de fe que luego
que al seno de la paz
los héroes eminentes
de nuestra tierra van,
sus almas vida nueva
principian á gozar
en cuerpos de elefantes
cual vos y nadie mas.
A fin de que los hombres
los puedan venerar
esa blancura rara
nos sirve de señal.
Pasmado el elefante
oyó á su familiar.
Eso, exclamó, ni aun pude
soñarlo yo jamás.
¡Yo en otros tiempos hombre,
y hombre que fué capaz
de todo lo que llaman
humana heroicidad!
Calumnia semejante
no debo tolerar.
¿Qué rasgos en nosotros
de un héroe se verán?
Distingue al elefante
la magnanimidad:
con un contrario débil
rehusa pensar.
No envidia á sus iguales,
no es vano y suspicaz:
feliz en su retiro
mantiénese frugal.
Y casto en sus amores
y fiel á su mitad,
no dudá por su raza
su sangre derramar.
¿Cual de los héroes todos
que hoy se celebran mas,
cuál tiene de estas pocas
alguna cualidad?

J. E. HARTZENBUSCH.

De tres novedades dramáticas tenemos que dar cuenta á nuestros lectores, produccion la primera del Sr. Rubi, titúlase *República Conyugal*, es en nuestro concepto bastante inferior á las últimas que de este autor se han estrenado: el espectador prevee el desenlace desde el primer acto; lo del pliego cerrado nos parece un recurso pobrisimo, el interés crece notablemente en el cuarto acto y la conspiracion para dar celos es inverosímil y no demasiado moral. En cambio las figuras están bien trazadas, el diálogo está lleno de gracia y animacion. La ejecucion fué adm irable, al revés de la del drama del Sr. Ariza *Don Alonso de Ercilla*, representado en la Cruz, que al poco esmero en la ejecucion y á la escasez de interés que ofrece su sencillo plan, debió la frialdad con que fué recibido, no obstante lo bien conducido del argumento y lo fluido y correcto de la versificacion. En el Instituto se ha estrenado con buen éxito *La escala de la fortuna*, comedia de costumbres, original del señor Calvo Asensio; distinguen á esta produccion la constante animacion y viveza del diálogo, la buena distribucion y oportunidad de los chistes y el acierto con que están dibujadas varias figuras del cuadro especialmente las de Ricardo y el Marqués. Las señoras Flores y Montero y los señores Lumberras, Caltañazor y Aznar, arrancaron justos aplausos. La empresa del Circo ha quebrado, en lo cual poco se pierde; la de la Cruz sigue ofreciendo piezas y mas piezas andaluzas de las cuales no queremos ocuparnos; en el pecado lleva la penitencia.